

La invisibilidad neoliberal y la identidad de los territorios costeros. El caso de las transformaciones de la costa vitivinícola de Berisso

Claudia Beatriz Carut

Centro de Investigaciones Geográficas, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales,
Universidad Nacional de La Plata
Argentina.
ccarut@yahoo.com

Cita sugerida: Carut, C. (2015). La invisibilidad neoliberal y la identidad de los territorios costeros. El caso de las transformaciones de la costa vitivinícola de Berisso. *Mundo Agrario*, 16(31). Recuperado a partir de <http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/MAv16n31a07>

Resumen

En el presente trabajo se propone la lectura de una nueva racionalidad productiva en la que se observa una relación de poder, no ligada a la localización de las fuerzas de decisiones del mundo global, sino a una forma espacial-territorial en la que dominan sus territorios, a partir de la apropiación y la influencia del mismo a escala local. Se plantea cómo estos territorios que surgen desde el interior de la costa vitivinícola de Berisso presentan una importante identidad cultural, con un pasado tan fuerte como el presente y valorando sus herencias territoriales para lograr una transformación silenciosa.

Palabras clave: Costa vitivinícola de Berisso; Herencias territoriales; Identidad territorial; Políticas neoliberales

The neoliberal invisibility and identity of coastal territories. The case of the transformation of the vitivinicola coast Berisso

Abstract

In this paper the reading of a new production rationality where a relationship of power is observed is proposed, not tied to the location of the forces of the global world decisions, but to a space-territorial form which dominate their territories from ownership and influence of the same locally. Intends to see as these territories emerging from within the vitivinicola coast Berisso present an important cultural identity, with such a strong past and present valuing their territorial inheritance to achieve a silent transformation.

Keywords: Vitivinicola Coast Berisso; Territorial Inheritance; Territorial Identity; Neoliberal Policies



Introducción

A partir de los años '90, el modelo económico se caracteriza por el ingreso de capitales, de aperturas y de desregulaciones. Esto no escapa a las producciones agropecuarias, las que experimentan la posibilidad del crecimiento excepcional de las exportaciones, de la incorporación de tecnología, del marcado proceso de concentración económica y de la expulsión del sistema de gran parte de la población que no pudo reconvertirse.

El nuevo modelo agroalimentario que se expande a escala mundial se relaciona con la hegemonía creciente de la agroindustria o el *agribusiness*; es decir, con la participación de las grandes empresas transnacionales agroalimentarias en diversos ámbitos rurales y agropecuarios del mundo. Este paradigma -impulsado por estas transnacionales y por organismos internacionales- se basa, fundamentalmente, en el modelo agrario industrial de Estados Unidos, que coexiste con el modelo de la agricultura familiar (Giarraca y Teubal, 2006).

A comienzos de los '90, la Argentina atravesaba una profunda hiperinflación, caída de reservas de divisas, atrasos en los pagos externos, desequilibrio fiscal, recesión y alto desempleo. Para salir de la crisis, se apostó a la aplicación de políticas macroeconómicas, en particular, a los ajustes estructurales (privatizaciones, desregulaciones y apertura al exterior); y de políticas sectoriales con influencia sobre el sector agropecuario, así como también sobre los demás sectores que integran el sistema agroalimentario (procesamiento industrial y distribución final de alimentos, provisión de semillas e insumos agropecuarios, etcétera) (Giarracca, 2001).

Se desarrolló una política financiera sumamente activa y promocional para el mediano y gran productor: crédito subsidiado para la compra de tractores, semillas, insumos, apoyo a los equipos técnicos, innovación tecnológica, colonización de tierras fiscales y mejora en los sistemas de comercialización.

Estos cambios en el agro argentino condujeron a la conformación de un exitoso modelo agroexportador de materias primas con escaso o nulo valor agregado, sin un proceso industrial que favoreciera la producción y el trabajo nacional, en beneficio de un sector cada vez más pequeño de la cadena productiva. Es decir, se intensifica la concentración, extranjerización e integración vertical en el interior de los complejos del sistema agroalimentario (Giarracca, 2001).

La idea era que si el Estado y el sector rural argentino se asociaban en un gran esfuerzo de conquista de nuevos mercados, sería posible optimizar el ingreso de divisas y lograr un crecimiento de la producción y de la productividad agrícola sostenible en el largo plazo (Benedetto, 2007).

El pequeño y mediano productor fue el eslabón débil del proceso. Con la integración vertical crecieron la agricultura de contrato y otras formas de articulación agroindustrial, y adquirieron mayor poder las grandes empresas extraagrarias con respecto a los medianos y pequeños productores agropecuarios

y campesinos, quienes tendieron a perder su autonomía de decisión y/o fueron expulsados masivamente del sector (Giarracca y Teubal, 2006).

Las consecuencias sociales y culturales del modelo se desplegaron en los modos de producir los alimentos, en la descomposición de la agricultura familiar, en los arrinconamientos y desalojos campesinos, así como en el empobrecimiento de pueblos y pequeñas ciudades del interior del país.

A esta realidad se le sumaron las políticas estatales de desarrollo rural que comenzaron a apostar a la generación y a la intervención en el sector empobrecido, mediante planes, programas y proyectos que atendieran a todos aquellos actores desfavorecidos.

La evolución positiva del sector agropecuario ocultó tradicionalmente diversas situaciones de postergación y de marginalidad que vivían diferentes actores sociales de la región. Más allá de acciones puntuales netamente asistencialistas, las acciones concretas de desarrollo rural han faltado (Posadas, 1998).

En los primeros años de la década, los chacareros, los campesinos y los jornaleros emprendieron dos tipos de acciones: trataron de adaptarse a las nuevas circunstancias económicas por medio de lo que se llaman “estrategias sociales” (la pluriactividad, la multiocupación, las migraciones temporales y las formas asociativas para emprender etapas del proceso productivo o la compra de insumos con el fin de abaratar costos); y comenzaron a protestar y a llevar a cabo todo tipo de acciones colectivas (Giarracca y Teubal, 2006).

Con respecto a las estrategias sociales, la gran mayoría se inician como respuestas individuales de un productor frente al contexto, que pueden servir de plafón para el desarrollo de iniciativas locales que superen al accionar individual (Posadas, 1998).

Específicamente en el sector productivo de la Región Metropolitana de Buenos Aires (RMBA), Ringuet (2002) menciona que, en la década de los '90, se profundizaron la expansión del cultivo bajo cubierta, las innovaciones en el cultivo de campo, la incorporación de formas organizativas de tipo empresarial, y se ampliaron el asesoramiento técnico, la capacitación y el desarrollo de las calificaciones laborales y la diversificación de la comercialización y transformación agroindustriales.

En las localidades periféricas de la RMBA, donde se localiza nuestra área de estudio, Ringuet observa que se fue creando un sistema de servicios mínimos locales y se fueron desarrollando identidades relativamente diferenciadas, sobre la base del mantenimiento histórico y de la reelaboración de redes y de núcleos de sociabilidad como cimiento para constituir asociaciones barriales de ayuda, asociaciones productivas, redes de información y de ayuda diversas. A estas relaciones de vecindad, en las que concluyeron los nuevos habitantes (en su mayoría inmigrantes), se superpusieron las asociaciones y redes étnicas nacionales.

A esta realidad -que responde al modelo agrario dominante- se le sumaron un acelerado proceso de urbanización que tiende a desplazar el cinturón verde hortícola y un avance de la frontera agrícola en la que la horticultura deja paso a la soja en los partidos del Gran Buenos Aires y Gran La Plata, incluso en lotes pequeños (Barsky *et.al.*, 2010).

Los proyectos productivos de pequeños productores y de campesinos, en los últimos años, se vincularon con este nuevo espacio de conflictos y como propuestas alternativas al modelo hegemónico.

Manzanal (2006) menciona que este proceso responde al retiro del Estado de su función como proveedor de servicios públicos y de asistencia social; su contracara fueron modelos de intervención en los que el sujeto social debía “autoinstrumentar” formas de superación de la pobreza y de la marginalidad. “Por ello, no debe sorprender que conjuntamente con las políticas regresivas, crecieran y se expandieran organizaciones, bajo diferentes modalidades de acción y formas institucionales” (2006: 2).

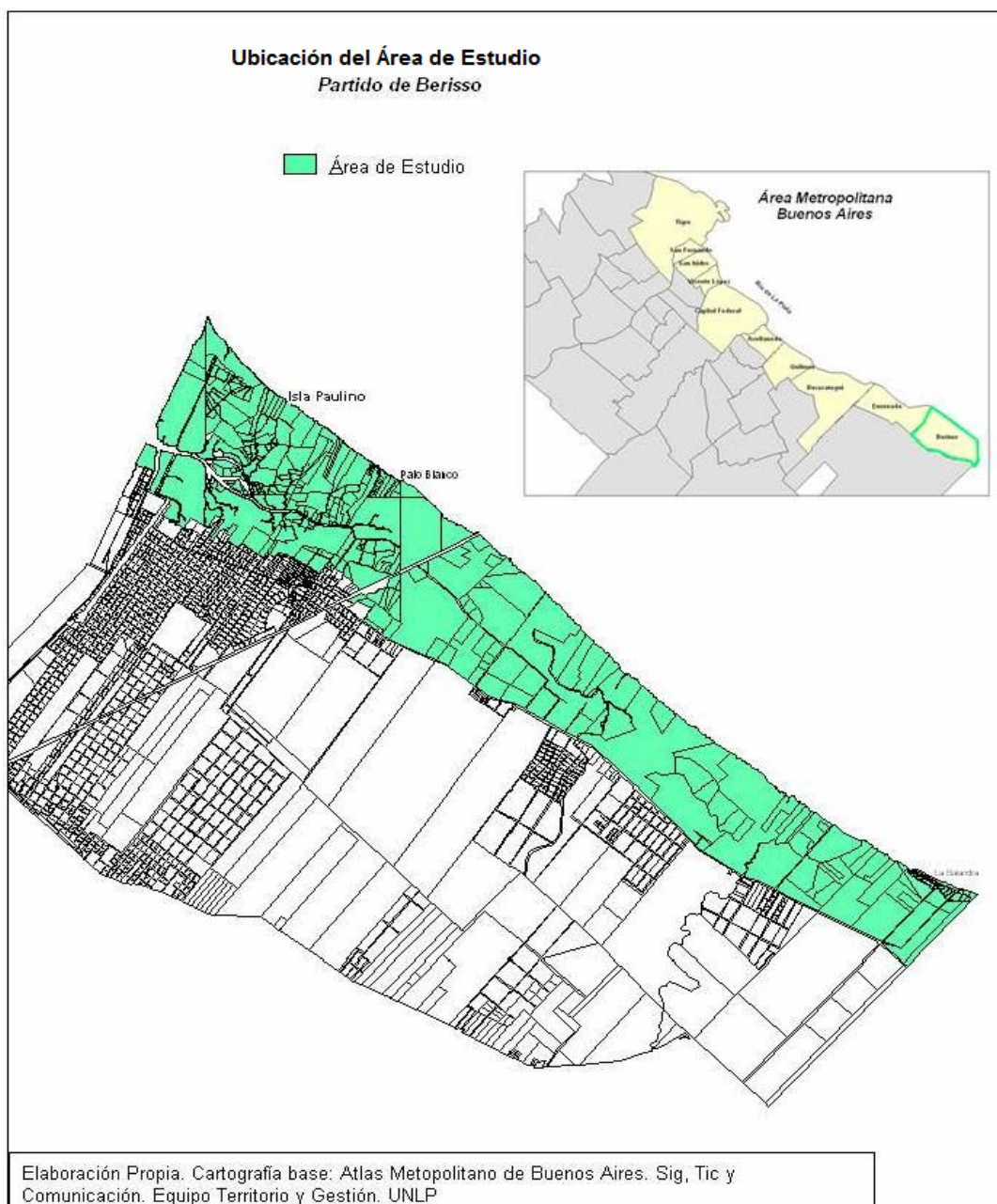
Sin embargo, estas organizaciones territoriales no tuvieron el sello del modelo vigente -neoliberalismo-, sino que, desde su condición de anonimato -porque históricamente no se ha tenido en cuenta o no se lo hace partícipe en la líneas de transformación-, comienza a forjar un nuevo modelo que no responde a las características hegemónicas. Este es el caso de la costa vitivinícola de Berisso¹, donde la identidad es el factor central que impulsó su desarrollo.

1. Caracterización general de los viñateros

Nuestro territorio de estudio está delimitado en la franja costera del partido de Berisso (gráfico 1), correspondiente a un área agropecuaria y de reservas forestales. El sector correspondiente a la Isla Paulino es un área de futura extensión del complejo portuario industrial, por lo que hoy pertenece al Estado nacional, y es administrado y explotado por el Consorcio de Gestión Puerto La Plata.

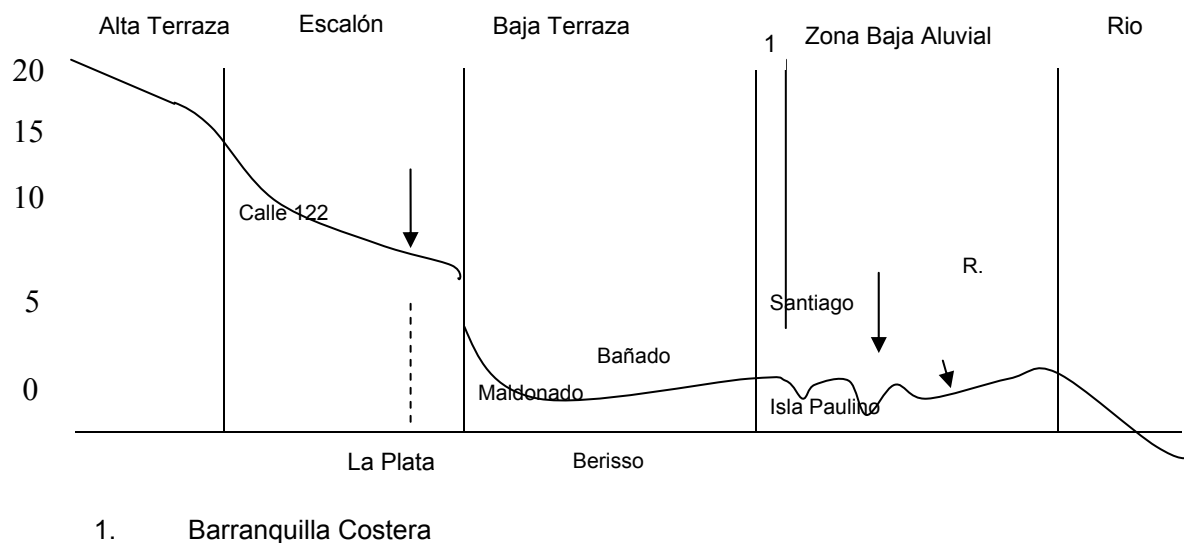
El sur del Riachuelo, donde se localiza el Partido de Berisso, es una franja ribereña que está constituida por una planicie baja, surcada por numerosos arroyos que buscan incorporar sus reducidos caudales a la masa de aguas del Río de la Plata.

GRÁFICO 1



Esta planicie baja, según Pérez (1971), está limitada en el interior por una vieja barranca que se desarrolla entre los cinco y ocho kilómetros de la línea de ribera. Esta se denomina, según Fregüelli, “alta terraza”, constituida por lomadas hoy desaparecidas por las obras de infraestructura vial y edilicia. Desde el pie de esta hasta la ribera se extiende una llanura, donde proliferan los terrenos pantanosos e inundables (gráfico 2).

GRÁFICO 2 GEOMORFOLOGÍA DEL PARTIDO DE BERISSO



Fuente: Municipalidad de Berisso. Plan Regulador del desarrollo de la Ciudad y Partido de Berisso. Ordenanza orgánica de Desarrollo N 140/1961

Más cercano a la costa, corre el albardón más elevado, denominado “barranquilla costera”, formado por bancos conchiles, por arena y por acumulación de limo. Es una zona deprimida conocida como “baja terraza”.

Los depósitos conchiles se formaron como consecuencia de la ingresión marina durante el querandinense, que inundó las depresiones costeras y retomó la llanura por la red hidrográfica implantada en la región.

Estos depósitos marinos contienen gran cantidad de sales, lo que ejerce una marcada influencia en los cultivos y en el agua subterránea.

Con respecto a esta última podemos decir que la napa freática, según el Plan Regulador de Berisso, se encuentra a una profundidad entre uno y tres metros, aunque puede ser menos, y en la zona de baja terraza es salada por la contaminación de los sedimentos querandinenses.

En líneas generales, y siguiendo a Martínez, Hurtado, Cabral y Giménez (2008), podemos sostener que la mayoría de los viñateros se encuentran en la llanura aluvial que, por procesos de acumulación fluvial, son zonas de arcillas, con arenas subordinadas color castaño a gris en profundidad.

Los viñedos más antiguos se localizaron en la zona más baja de la costa, y quedaban sujetos a las crecidas periódicas del río y al exceso de agua de las lluvias, lo que dio origen a un diseño y a un manejo muy particular del medio físico.

Presentan un sistema de drenaje compuesto por canales pequeños llamados “zanjillos”, que permiten sacar el agua luego de las crecidas del río y la conducen hacia canales mayores llamados “colectores”, que la retiran del predio.

Los zanjillos se ubican cada seis metros y entre estos se cultivan dos hileras de vid a tres metros entre sí y a 1,5 metros de los zanjillos. Todos los años, antes del comienzo vegetativo del cultivo (julio), se realiza la limpieza anual de los zanjillos y el sedimento acumulado (traído por el río) se deposita al “pie” de las vides (Abbona, 2007).

Durante todo el año, el suelo de la parcela de vid está cubierto por vegetación espontánea compuesta por especies autóctonas y naturalizadas. Como menciona Abbona, la cobertura genera una biomasa que es fuente de energía y de nutrientes para los organismos heterótrofos del suelo; esto se debe a que los suelos, con alta actividad biológica, tienen una mejor descomposición de la materia orgánica, hecho que, indirectamente, se traduce en una mejor disponibilidad de nutrientes para las plantas.

La exposición constante a las inundaciones se transforma en ventaja en relación con otras tierras o con los viñedos ubicados en las tierras altas debido a que estas últimas no presentan sistema de drenaje y los viñedos, al no estar afectados por las crecidas periódicas del río, carecen del aporte de nutrientes.

En líneas generales, los productores sostienen que, debido a la aplicación de este sistema, utilizan pocos agroquímicos y nada de fertilizantes.

2. El espacio de las producciones costeras

El origen de los viñateros, en la zona del monte costero de Berisso y de la Isla Paulino, se remonta a fines del s. XIX con la inmigración, en particular de italianos y portugueses, quienes trajeron sus oficios de viñateros.

Los datos que hemos registrado señalan que en 1840 se establecen en la zona de Sarandí y Villa Domínico los primeros inmigrantes italianos dedicados a la horticultura (Velarde, 2009; Pizzaro y Trpin, 2010).

Entre 1860 y 1865, se asentó una segunda corriente de italianos, quienes, además de la horticultura, comenzaron a trabajar la vid.

Velarde (2009) identifica 662 italianos: alrededor de quinientos se instalaron en la zona ribereña y el resto de ese contingente se estableció en la zona urbana. Además, señala que el vino que producían

se vendía y se consumía en la zona, donde no tuvo competencia hasta la entrada en este mercado de los vinos mendocinos, con la llegada del ferrocarril.

Por otra parte, la cercanía de los principales mercados consumidores y la rusticidad de la vid cultivada -que requería poca inversión en cuidados y en mano de obra- eran un poderoso incentivo sobre los agricultores e industriales, que los incentivaba a invertir esfuerzos y capitales en estas tareas.

Ospital (2003) menciona que a los factores económicos se les sumaron las circunstancias de carácter cultural, ya que la inmigración italiana y portuguesa en la región determinó la coexistencia de la vitivinicultura (actividad de fuerte carga afectiva y de prestigio) y otras producciones agrícolas.

La llegada de estos inmigrantes comenzó a forjar una identidad de lucha contra la adversidad que se fue sosteniendo a lo largo del tiempo.

Velarde *et al.* (2009) caracterizan el período vitivinícola, entre 1890 y 1970, como el de una producción diversificada y de asociaciones (horticultura, vid, frutas y forestal). Se trabajaba la vid en parral; la poda era el momento más valorado y diferenciado del resto. Se mantenían los canales con trabajo familiar o asalariado. No había requerimientos de ingresos extraprediales, ya que el ingreso equivalía a una suma de tres a cinco salarios mensuales de empleo público municipal.

Con respecto a la elaboración industrial, los autores anteriores mencionan que los rendimientos eran de entre 2.500 a 3.000 l/ha, con trabajo familiar. La elaboración de la producción era propia o bien se compraba uva y se realizaba vino para terceros. La producción tenía un destino comercial y de autoconsumo. Este producto poseía el control y el certificado del Instituto de Vitivinicultura. La bodega no poseía capacidad ociosa y se producía la venta de la totalidad del vino en un ciclo productivo.

De las entrevistas realizadas se desprende que lo que se inició en Berisso como una actividad para el autoconsumo luego fue adquiriendo un tinte netamente comercial, y llegó a constituirse en el núcleo de un dinámico mercado local, en especial en la época de mayor actividad industrial en Berisso y en los distritos vecinos.

La producción de vino de la costa mantuvo su apogeo en Berisso desde el año 1914 hasta 1955 aproximadamente, momento en que comenzó a declinar drásticamente.

El mayor esplendor de la producción, en la zona de Berisso, se produjo hacia 1940 como producto de consumo netamente popular en la zona productora, en las barriadas más populares de Buenos Aires y en los distritos cercanos con el pleno desarrollo del modelo de sustitución de importaciones (la industria frigorífica, aún fuerte, se veía acompañada ahora por hilanderías, por industrias químicas, por destilería de combustible y por un importante astillero naval). Los principales espacios de venta eran los restaurantes, las fondas, los almacenes de ramos generales y la propia bodega, que tenía sus clientes particulares que compraban el vino en damajuana.

El Plan Regulador para la fundación de Berisso menciona que en el año 1954 la producción de vino era de 10.000 hectolitros y se redujo en el año 1958 a 4.000 hectolitros.

En estos años de auge del modelo de sustitución de importaciones, en Berisso comienza a preponderar, en número y en importancia relativa, la población urbana en detrimento del área rural, que comienza un declive que se agudiza a medida que avanzan las décadas. Este hecho repercute en el nivel de producción de las quintas ya que, por un lado, se pierden espacios de mercado debido a los productos del área del cinturón verde metropolitano, al tiempo que no se incorporan adelantos tecnológicos; y, por otra parte, la atracción urbana generada por la oferta de empleos origina un flujo de emigración del campo a la ciudad, que se suma al envejecimiento poblacional y a la dificultad del recambio generacional en el área rural (Posadas y Velarde, 2000).

Agotada la primera fase del proceso de sustitución de importaciones, a principio de los '50 y en pleno auge de la segunda fase de la reconversión del proceso sustitutivo, se verificó en Berisso la crisis social y económica del modelo: la quiebra de los frigoríficos, el cierre de empresas, la reconversión que se gestaba en el polo petroquímico, el desempleo creciente, el deterioro de los servicios públicos y la caída en los estándares de vida de la población local.

Este escenario se presentó con mayor crudeza en el área rural; se manifestó en un deterioro mayor de las condiciones de vida de su población, en una nueva caída de los niveles productivos locales y en la reorganización de las estrategias de vida y organizativa de los productores. A estas características se le sumó, respecto del vino de la costa, la amenaza de diversos factores que disminuyeron drásticamente su producción (la progresiva preponderancia de los vinos cuyanos, las crecidas extraordinarias del Río de la Plata, la migración de los jóvenes hijos de los quinteros y el abandono del proyecto agropecuario), jaqueó todo aquel esfuerzo de los pioneros y llevó al vino de la costa casi hasta su desaparición. Sobrevivió apenas para el consumo familiar y para la venta al menudeo, casi para los amigos (Velarde *et. al* 2009).

Otro de los obstáculos con los que se enfrentó fue la promulgación de la Ley Nacional de Vinos (fiscalizada por el Instituto Nacional de Vitivinicultura), que apuntaba a generar prácticas productivas estandarizadas y a un desarrollo de vinos de calidad para el mercado externo, lo que provocó el debilitamiento de los pequeños productores de vino común (Tagliabue, 2011).

La actividad agropecuaria pudo ser rápidamente transformada, ya que en Berisso siempre estuvo presente el proyecto industrial (desde los saladeros, los frigoríficos, la destilería, la hilandería), con una importante valoración social como espacio de progreso, de movilidad social y de mejor condición de vida, al punto de llevar al cambio en los hábitos rurales y urbanos de la gente joven.

Muchos jóvenes que terminaban el colegio secundario aspiraban a entrar a trabajar en el frigorífico como forma de progreso social. "Apenas terminé el colegio industrial entré a trabajar en el *Swift*. Era un orgullo entrar ahí... era bien visto por mi viejo que en ese entonces tenía un almacén..." (Luis E., 82 años, La Plata).

“Tenía que decidir, cuando terminé el colegio, entrar a trabajar en alguna fábrica. Ya me lo decía mi viejo: a los frigoríficos o a la destilería... terminé en la destilería porque no me gustaba el frigorífico” (José, 78 años, Berisso).

El cambio de hábitos, que llevó a la inmigración de los jóvenes quinteros, estuvo marcado además por el tema de la pluriactividad en el área rural. Si bien no constituye un fenómeno novedoso de este momento -ya que es una característica propia de la organización del trabajo agrícola en espacios próximo a lo urbano (Benencia, 2000)-, se torna más significativo. La pluriactividad consistía en que siempre algún miembro de la familia traía un ingreso extrapredial a la unidad de producción. En la medida en que esos ingresos fueron de más integrantes de la familia y en la medida en que se generaba más dinero afuera que en la unidad de producción, fue abandonado el proyecto agropecuario.

Los viñateros vieron en la caña la manera más rentable para salir de la crisis, y comenzaron una transformación lenta pero constante hacia esta producción. Esto se debió a la necesidad de caña para tutorado de especies hortícolas del cinturón verde metropolitano.

La diversificación productiva constituía una estrategia para mantener la continuidad de la explotación y el ingreso intrapredial.

Así se llega a lo que Velarde (2009) denomina “generación actual” entre 1970 y 2001, con la producción primaria caracterizada por una producción diversificada con cambios de actividades (caña, forestal, horticultura y vid).

En esta etapa, se observa un escaso mantenimiento de los canales, ya que demandaban una excesiva cantidad de mano de obra asalariada. Se intensificaron los ingresos extraprediales (cobra mayor importancia el empleo público) y la dedicación a otras actividades productivas (forestal y cultivo de caña); a esto se le sumó la ausencia de políticas estatales que promovieran y protegieran el área.

Hacia mediados de la década del '70, Berisso comienza a tomar otra fisonomía, que alcanza su punto más importante en la década del '90: el modelo de acumulación basado en la industrialización es reemplazado por otro orientado a la apertura de los mercados y a la desindustrialización en el marco de las políticas de corte neoliberal (Tagliabue, 2011).

Con el cierre de los frigoríficos entre 1969 y 1980, se produce el impacto de la desindustrialización y, con ello, del consumo de la producción agroindustrial de la costa. A esto se le suma, como mencionamos, la ausencia de políticas estatales que resguarden la producción local.

En el caso de las plantaciones de vid no siguió el recambio adecuado, ni se pudieron mantener las instalaciones de procesamiento y almacenaje del vino.

La caída en el consumo, el deterioro del capital disponible (plantaciones e instalaciones) y los bajos niveles productivos sumieron a la vitivinicultura costera en una situación de profunda crisis, plenamente constatable a fines de los años setenta. (Posadas y Velarde, 2000, 73)

En 1991, se produce la desregulación y elevación de los parámetros para habilitar bodegas; así, los viñateros quedan sin control del Instituto Nacional de Vitivinicultura. Esto, junto con la expansión de los vinos cuyanos, fueron factores que determinaron la crisis de la actividad. Recién en el año 2013 por intermedio de la Resolución N° 23/13, el Instituto Nacional de Vitivinicultura habilitó a los productores para la elaboración del vino dentro de la categoría “vino regional”, bajo las características históricas que hicieron de esta bebida un artículo que marca la identidad de esa zona del Gran Buenos Aires.

A fines de la década del '90, la caña, que era el cultivo más importante desde el punto de vista de la mercancía, había empezado a decaer por su desuso en la actividad hortícola. Esto se observaba en el paso, en esos años, de la horticultura de campo a la horticultura en invernáculo. Este hecho llevó a que se dejara el uso de la caña, sobre todo en el tomate, por los hilos para el tutorado de los cultivos, lo que acarrió la baja en la venta.

La otra actividad, que se producía en ese entonces, era la forestación, en la cual no convenía invertir debido al aumento de los precios en el alquiler de las motosierras y en el pago de la mano de obra contratada.

Si bien, para 1997, el vino de la costa casi se había extinguido -existían un total de 168 establecimientos rurales, muchos de los cuales no estaban en actividad (Posadas y Velarde, 2000)-, se observaba una demanda insatisfecha que “daba la sensación” de que era el único producto con posibilidades de mercado, ya que existían productores que continuaban elaborando pequeñas cantidades de vino para el mercado local en un circuito muy reducido.

Por otra parte, mientras en la década del '90 se conformaban nuevas lógicas de ocupación en la RMBA -como son los clubes de campo o country-, la zona de producción vitivinícola no fue un espacio que *a priori* tuviera las características de ser atractivo para estas transformaciones, debido al problema del agua potable (la salinización y la napa muy cercana al nivel del suelo).

Sin embargo, si bien no era un impedimento para el incremento de la superficie cultivada, el área productiva se vio afectada por las actividades deportivas vinculadas con la instalación de guarderías y clubes náuticos provocada por la saturación del Club Náutico Ensenada y Club Regatas La Plata, y afectó así la salida de las producciones por los canales y arroyos.

¿Qué sucedía con el Estado? Como fue característico en la década del '90, este era un Estado gerente. Se encontraba en su mínima expresión, cobraba impuestos y/o clausuraba las bodegas o decomisaba productos que no estaban en buen estado sanitario. Su intervención se basa en políticas de corte neoliberal.

La casi desaparición del vino de la costa de Berisso en 1998, con apenas 6.000 litros anuales y alrededor de seis ha plantadas (Velarde, 2011), mostraba en ese momento a algunos productores que continuaban elaborando pequeñas cantidades de vino para el consumo local, en las mismas explotaciones o a través de un reducido circuito de comercialización local.

Se mantenía lo que Aguirre (2008) llama "consumidores militantes", ya que buscaban este producto por su valor vinculado a la cultura local.

Varios productores -y como observa Irene Velarde en las entrevistas- comenzaron a experimentar, en la producción individual, la necesidad que tenía el consumidor que les golpeaba la puerta de la casa y les pedían más vino; esto generaba en el interior de los productores la necesidad de volver a sus raíces, a su identidad, a través de estrategias sociales de superación de la crisis vivida. Esto se refleja en los productores cuando dicen:

No quería seguir trabajando en la ferretería porque no era lo mío, quería volver a la quinta a producir el vino de mi abuelo... es por eso que actualmente mis hijos combinan la vida con la ferretería y yo sólo me dedico al monte (Oscar, Isla Paulino).

La crisis social, económica y política del 2001 dio lugar a la recuperación de esta actividad al incorporar a las familias que habían heredado tierras agrícolas y las veían como oportunidad de multiplicar el ingreso.

3. El proyecto de la Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales de la Universidad Nacional de La Plata

Antes de cerrar este análisis espacial para comenzar a entender el territorio actual, cabe mencionar el proyecto de la Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales de la Universidad Nacional de la Plata, ya que acompañó la transformación que permite comprender el territorio que surgió luego de la década del '90.

El proyecto "Los viñateros de Berisso: gestión del desarrollo local y agroecológico" se originó luego de un homenaje a los viñateros que se realizó a fines de 1998. Este homenaje facilitó la iniciativa de conformar un grupo de productores de vino de la costa que, a partir del año 1999, comenzaron a reunirse para reactivar y consolidar "una tradición familiar de fines del siglo pasado" (Velarde y Garat, 2003).

Este proyecto operó como promotor de relaciones de trabajo, de recursos humanos y económicos y de mejoramiento de las prácticas productivas.

La finalidad del proyecto era construir productores, docentes y estudiantes, una experiencia que permita evaluar la posibilidad de reactivar la producción de vino de la costa sobre la base de

iniciativas locales que tomen como punto de partida el rescate de las producciones agroalimentarias típicas y agroecológicas del área (Velarde y Garat, 2003).

El problema inicial a resolver por parte del proyecto era que la región presenta una gran fragilidad ecológica que condiciona la producción agropecuaria intensiva y con cultivos adaptados (vid, ciruela, caña y forestación), con baja productividad y calidad heterogénea, que limita los ingresos de las familias asentadas en el medio rural, con condiciones agudizadas por la crisis socioeconómica argentina (Velarde, 2012)

El proyecto se propuso gestar un proceso de desarrollo local, de carácter ascendente, haciendo eje en la promoción de productos diferenciados en su calidad y origen. Ha generado una serie de iniciativas de investigación aplicada y de formación, en distintos niveles de enseñanza universitaria. Apunta a la comprensión de la estructura y la dinámica territorial puesta al servicio de los actores.

Una de las características de los proyectos se sostuvo por la construcción participativa, intencionada e impulsada por los técnicos universitarios, con un enfoque de extensión basado en la problematización y en la comunicación con énfasis en los procesos culturales.

En líneas generales, el aporte consistió en trabajar con los productores desde los puntos críticos que tenía la producción y tratar de brindar, desde la facultad, posibles soluciones para luego avanzar en la coordinación de actividades y en la adaptación de estrategias que confluyan para poder resolver la difícil situación que enfrentan los viñateros de la costa y generar nichos de mercado o posicionarse. Estas estrategias permite retener mayor valor del que en ese momento obtenían al promover su propio empleo y el de su familia, y, de esta forma, mejorar las condiciones de subempleo.

Lo que se dio en llamar "una nueva etapa en la producción de vino de la costa" permitió elevar la autoestima y el reconocimiento social, recuperar la cultura del trabajo y ganarle a la adversidad: "volver al campo", como lo planteaban los productores con tradición viñatera.

Otro aspecto a resaltar del proyecto fue el efecto de red, entre pequeñas unidades productivas, en el que se constituyen -a partir de las prácticas, de los esfuerzos localizados de la comunidad y los trabajadores- para crear nichos de producción solidarias.

Estas acciones de cooperación permitieron que, al finalizar el año 1999, se empezara a gestar, en los productores, la idea de conformar una asociación o una cooperativa. Esta idea fue apoyada por la universidad y concretada en junio de 2003 cuando se realizó la asamblea constitutiva de la Cooperativa de provisión y comercialización de la costa de Berisso, Lda.

En cuanto a la mirada sobre las relaciones entre las acciones desarrolladas por el proyecto y los gobiernos municipal, provincial y nacional, Velarde observa un cambio en el 2003, cuando comenzó a definirse políticas activas desde la gestión municipal en la que comenzó a gestarse una demanda de proyectos productivos que "funcionen".

Se construyó entre la Facultad de Agronomía y los viñateros un conocimiento solidario (Santos, 2009) con el que surge el reconocimiento del otro como igual y como productor de conocimiento, y se logró superar el preconcepto conservador e incomprensible de las prácticas de los viñateros para lograr un saber capaz de construir una nueva realidad.

El conocimiento del sentido común o tradicional de los viñateros permitió incorporar otro tipo de conocimiento surgido desde la ciencia y realizar una ruptura epistemológica entre conocimiento vulgar y conocimiento científico; es decir, se puso en práctica una nueva racionalidad.

La técnica (como un modelo conceptual transmisible por una acción intencional para la producción; es del orden del conocimiento) y la práctica (como enraizada en un contexto particular histórica, geográfica y socialmente; es del orden del quehacer) tienen una relación recíproca que va del saber al hacer y del hacer al saber. Los resultados de los actos técnicos que son orientados por el saber hacer local forman parte de una comunidad de sentidos y significados; toda “nueva técnica” debe ser asimilada y acomodada críticamente, y también se debe asumir para que no sea una imposición basada en el criterio de autoridad técnico científico; y quizás tenga que ser modificada y adaptada localmente, para que pueda garantizar los resultados esperados en los procesos de desarrollo territorial (Velarde, 2012).

4. El territorio y la identidad de la producción del vino de la costa

Una identidad territorial es más que un espacio físico con determinadas características: la identidad es una construcción social. Algunas de estas construcciones sociales se sustentan en atributos geográficos especiales, otras sobre la historia o alguna particularidad social o de género, sobre un tipo de producto o un sabor especial, etc. Esto lleva, en general, a que no exista una sola identidad en un territorio sino que pueden coexistir varias (Ramírez, 2007).

La identidad territorial tiene un adentro y un afuera. Desde afuera, la imagen territorial se refiere a la identificación externa que se hace del territorio, como una marca que permite el reconocimiento suprarregional o internacional de lo que lo hace particular/diferente a los demás. Desde adentro es el reconocimiento colectivo (de los actores de una sociedad local) –implícito y explícito- con su territorio, organización, productos y servicios (Benedetto, 2006; Ranaboldo, 2006). Es lo que Santos (2009) denomina el “autoconocimiento”.

La identidad territorial planteada como estrategia genérica, construida desde abajo y hacia arriba, define posibles perfiles “distintivos” que permiten a territorios deprimidos activarse. Un proceso de valorización de las identidades estimula formas de capital (muchas de ellas de carácter intangible), y una asociación de las comunidades al círculo de desarrollo.

El proyecto de la Facultad de Agronomía y la necesidad de los productores colocaron, nuevamente, en el círculo del desarrollo al vino de la costa. Hoy, en el partido de Berisso, permanecen activos alrededor de 65 productores vitivinícolas, en 25 hectáreas aproximadamente, según datos de la

Cooperativa de la Costa de Berisso Ltda., que comparten el área con otras actividades como la forestación, la caña y la horticultura.

El nuevo modo de comercialización es la venta en botellas de 750 cm³ y en mostrador en diversos eventos, en mercados informales y en fiestas populares, los tres de carácter local y/o regional.

En la actualidad, el vino cuenta con el otorgamiento de estampillas por parte del Instituto Nacional de Vitivinicultura que permite su libre circulación.

La Cooperativa, como institución formal reconocida que nuclea a los productores de vino, ha logrado consolidar algunos acuerdos con el municipio. De estas alianzas hay instancias que impactan en el vino de la costa que son la realización conjunta de la Fiesta del Vino de la Costa, la construcción de una bodega colectiva y los reclamos para ser compensados por emergencia agropecuaria.

En este escenario conviven actitudes innovadoras con respecto a lo tecnológico productivo, con conductas que responden a tradiciones familiares, como es la elaboración artesanal del vino, la poda con mano de obra exclusivamente familiar y la construcción de un tipo de consumidor "popular", en el que los demandantes van a comprar el producto a las "bodegas".

El consumo de un producto artesanal y tradicional implica cierta identificación del objeto (producto y modo de producción) y permite de este modo que, en el consumo, intervengan las cuestiones de identidad. Además, al ser un fenómeno localizado, hay que entenderlo en su contexto específico.

El vino de la costa siempre tuvo una fuerte identidad con la ribera berissense del Río de la Plata: su paisaje e historia y las tradiciones más antiguas de sus pobladores (fiestas y comensalía familiares); y como tal es reconocido por los consumidores.

El vino de la costa reactivó las herencias territoriales de Berisso: se observa que los productores hablan de la reactivación del vino de la costa como una forma de ganarle a la adversidad; aparece el discurso heroico.

En esto se refleja la idea del modelo neoliberal que mencionamos al comienzo, por el cual los sujetos sociales debían instrumentar sus acciones para superar la crisis. Esta instrumentación dependía de la voluntad, fuerza, capacidad e iniciativa, y hacía desaparecer la lectura del contexto donde se origina; es decir, se aplicaban técnicas sin tener presente el contexto en el que se utilizaban.

Sin embargo, estas acciones no siguieron el camino hegemónico; esto se observa en la desestructuración del discurso de los años '90; en la idea de que el presente es más importante que el pasado y el futuro. Sin embargo, como se viene mencionando en este caso, el pasado es tan fuerte como el presente. En el presente se toman algunos atributos del pasado; se lo hace resurgir nuevamente y se estimulan formas de consumo identitarias que, con innovaciones, permiten impulsar e incrementar estas producciones.

Si bien las herencias del pasado siempre estuvieron presentes, surgen en estos momentos como antítesis a la tendencia de los modelos globales (imitación de productos, replicabilidad de técnicas de otros lugares), en los que se pone el acento en lo local y sus particularidades (históricas, geográficas, sociales, etc.).

¿Por qué ahora y no hace quince años se produce ese resurgir del pasado? Quizás es de suponer que los modelos anteriores les daban la posibilidad de transformación o acomodamiento a las circunstancias que se originaban externamente. Sin embargo, este modelo neoliberal no otorgó herramientas para seguir con las transformaciones que se generaban. A esto se le sumó el surgimiento, en el ámbito local, de la necesidad de volver a las raíces de la producción local con el vino de la costa.

Los viñateros hablan de lo que fue para venir al presente; es decir, se genera un punto de quiebre. Ellos están revalorizando más su pasado, para proyectarse en el presente. En el diálogo con los productores se pueden reconocer dos tipos: aquellos que tienen una tradición vitivinícola, cuando su familia vivió el apogeo del vino; y el productor que es nuevo en el oficio, pero que relata la historia de los antiguos viñateros como si fuera de su propia familia.

Esto permite observar una construcción del pasado desde lo vivido por otro; se logra la apropiación y apoderamiento de la historia del otro con múltiples propósitos.

Sin embargo, se observa que ambos tipos de productores no se interrogan sobre el pasado de las técnicas, de los modos y de los manejos que realizaban en el área y que hoy replican.

Esto es reflejado por Abbona cuando, en su trabajo “Los viñateros de Berisso y su manejo ecológico de los nutrientes”, se interroga acerca de la relación entre el conocimiento tradicional y la existencia de una racionalidad ecológica en el manejo de los agroecosistemas. Sugiere que, a pesar de que los viñedos de zona baja presentan una sostenibilidad ecológica, los productores no siempre conocen las razones que explican el porqué del manejo que realizan. En cambio, observa que los productores de mayor edad sí conocen las razones de la aplicación de algunas prácticas; pero los productores más jóvenes, que heredaron de sus padres estas técnicas, desconocen las razones de su adopción.

Este territorio rompe con la tendencia del neoliberalismo y la posmodernidad, referida al estilo de consumo. La globalización sustituye una economía de volumen por una economía de valor mediante la generación de productos intensivos en conocimientos y de alta calidad (Sacco dos Anjos; Aguilar Criado y Caldas, 2011).

Surgen, desde las inquietudes y necesidades de los consumidores, los productos tradicionales, en los que el valor añadido está dado por la historia, la tradición y la naturaleza (a la que se le suma el bajo contenido tecnológico). Sin embargo, se debe atender a una demanda cada vez más segmentada y diferenciada, y abastecer nichos de mercado cada vez más selectivos y exigentes, situación que las

grandes empresas agrarias actuales no pueden atender (Sacco dos Anjos; Aguilar Criado y Caldas, 2011).

Esta circunstancia favorece a los productores medianos y pequeños que, con políticas de desarrollo rural y aprovechando las nuevas pautas para el consumo, pueden ver favorecidas sus producciones.

El estilo de consumo vuelve a poner en duda la existencia de este mundo local si no se hubiera dado ese consumo masivo y deslocalizado. Se puede pensar en el surgimiento como una contracara del proceso de globalización.

Desde la economía, los productos con identidad territorial muestran tres posibles escenarios de precios (Ramírez, 2007). El primero se presenta cuando los compradores no valoran la identidad o no la pueden identificar en el producto o en el servicio en cuestión y, de esta manera, son vendidos como un bien no diferenciado, que no genera cambio de precios. Un segundo escenario corresponde a productos o servicios que tienen un precio final menor a su similar en el mercado; en este caso se evidencian problemas de calidad. En tercer lugar, se encuentran los productos con identidad que tienen un mayor precio por su calidad, ya que los compradores pueden identificar los diferentes atributos de identidad.

Sin embargo, ninguna de estas tres opciones con racionalidad económica, ni el estilo de consumo propuesto por la posmodernidad, se ven reflejados en el vino de la costa.

En primer lugar, en vez de deteriorar la memoria histórica o desecharla, la potencia y atrae a más consumidores al poner en juego en el mercado la identidad territorial.

Esto se observa en las entrevistas realizadas en la Fiesta del Vino de la Costa y en los compradores de vino en las bodegas:

Yo soy de La Plata, pero recuerdo cuando mi papá -que era de Berisso- nos llevaba los sábados a Palo Blanco a buscar el vino para el domingo, que nos reuníamos en la casa de mi abuelo en Berisso. Era una tradición, por eso me gusta venir y cada vez que pruebo el vino la recuerdo. (Claudia, 45 años, La Plata)

“Berisso es inmigrantes, frigoríficos y vino...es lo que nos une. El que nació acá siempre recuerda ir a buscar el vino con su damajuana. Hoy está más moderna su presentación pero es lo mismo.” (Jorge, 68 años, Berisso)

“Esto de la fiesta me da pie para volver cada año a recorrer la calle Nueva York, recordar el monte y cuando íbamos a la isla. ¡¡Está bueno!!” (Silvia, 42 años, Quilmes).

Por otra parte, desde los productores no se observa la necesidad de mercantilizar y comercializar la tradición para continuar con la producción ya que están abocados a no desabastecer el mercado

local, ni quieren llevar el vino fuera del territorio. Esto puede verse en un pacto implícito que tienen con los consumidores que sostuvieron el producto en época de crisis, como ellos señalan en las entrevistas: “¿Qué pasa si aumento el precio? El consumidor no lo va a poder comprar”.

El vino de la costa no tiene únicamente un valor como actividad económica sino que se presenta como un producto con identidad, ligado a las herencias territoriales de las “quintas” y de las fábricas a partir de las prácticas y de las costumbres de los inmigrantes que perduraron por varias décadas.

5. Los territorios como patrimonio social común

En el juego interno de relaciones, puede parecer que los hechos tienen independencia. Sin embargo, no hay espacio e historias aisladas, ya que todo tiene su razón de ser y si existe es porque se relaciona con algo que está más allá de sus fronteras y le da el complemento necesario para su existencia. Esto define un proceso continuo del espacio; es decir, el espacio está en un constante proceso de transformación y cambio, regido y movido por la contradicción, en un movimiento dialéctico.

Sin embargo, en paralelo al surgimiento de territorios emblemáticos que generó la década del ‘90, cuando las huellas del clima de ideas imperante adquieren vigor, se generaron las antítesis: el germen de comprender el territorio como patrimonio social común fue la semilla que permitió entender la costa vitivinícola a partir de su identidad. Así, las estrategias básicas de intervención parten desde el enfoque del territorio como patrimonio social común, para construir una nueva forma de metropolización en la que la identidad de un territorio trabajada desde las vocaciones define otra forma de hacer intervención territorial. Es así como se vio que la síntesis surge a partir de una nueva racionalidad cuando el conocimiento científico (la técnica) y el vulgar (la práctica) se unieron en pos de una nueva forma de pensar el territorio.

En los territorios anónimos no existe una visibilidad para el escenario global, sino que su alcance está dado en el colectivo de los individuos que conforman ese territorio para proyectarse, si se quiere, a una escala regional reducida. Es decir, se forja en el territorio estuarial metropolitano un modelo que no responde a las características hegemónicas que representan lo visible, sino lo interno del lugar, el de las raíces; en el que un atributo geográfico, histórico o algún objeto en particular genera una construcción social. La identidad, en este caso del Vino de la Costa, permitió dar sentido y contenido a una transformación silenciosa.

“Los espacios del anonimato se originan cuando el gesto radical interrumpe las relaciones que la movilización global teje y, poniendo entre paréntesis el tiempo” (López Petit, 2009, 125). El clima de ideas hegemónico se convierte en un enigma indescifrable; pero posee una visibilización no mediada, la que a partir del autoconocimiento de sus pobladores genera el reconocimiento colectivo, en contraposición a lo que surge con los escenarios emblemáticos, en los que se necesita la identificación externa para ser reconocido.

Poner “entre paréntesis” el tiempo permite que las diferentes temporalidades sean visibles y no jerarquizadas; se reconoce así que las sociedades están constituidas por diferentes tiempos y temporalidades.

Como mencionamos en diferentes momentos del trabajo, la temporalidad está representada en el clima de ideas, en el presente, en el aquí y ahora. Esta forma de comprender la realidad define un tipo de espacialidad donde cada actor tiene, en ese tiempo, diferentes oportunidades y capacidades de apropiación y de uso del espacio.

Sin embargo, “si no sabemos de dónde venimos, es difícil saber adónde vamos. El pasado es el fundamento de la identidad individual y colectiva, y los objetos del pasado son fuente de significación en tanto símbolos culturales” (Harvey, 2004, 106).

Si estos símbolos culturales son retenidos como carcasas de un modelo, en el que no existe continuidad entre el pasado y el presente, se transforman en un sistema poco estable, cuya razón de ser puede ser modificada por cualquier cambio externo. Respetando la continuidad, trayendo el pasado como presente, valorando el pasado y reconociendo la historia, los productores vitivinícolas de la costa pudieron sobrellevar tanto la innovación como la decadencia y lograr la confianza debilitada o amenazada en épocas de crisis. Así, lograron producir la estabilidad en un territorio donde la mercantilización y la comercialización no entran en el juego, sino que son su autoconocimiento del pasado y su valoración directa e indirecta los que permiten estructurar el territorio.

Como se mencionó, los viñateros realizan una producción con un importante valor histórico que se apoya en el saber hacer y en la transferencia de conocimiento de generación en generación (manejo de la crecida, aprovechamiento de los nutrientes que aporta el río).

La contracara del modelo global se impone por la demanda de los consumidores al buscar nuevos tipos de productos, con lo que adquieren un protagonismo los productos localizados y no ligados a la homogeneización y la intensificación.

La fuerte impronta de lo local hace que, cuando avancen los factores externos sobre los internos, surjan estrategias sociales y de acción colectiva. Así, se observa cómo estos territorios se vieron inmersos y afectados por los cambios en el modelo de desarrollo económico propuestos a nivel nacional y local (industria y urbanización) y trataron de adaptarse a estos modelos a partir de la pluriactividad, cambio de cultivos pero sin perder sus raíces rurales y viñateras.

Como sostiene Prévôt Schapira, “la globalización no explica todo. Ella no ‘borra las viejas historias’, y viene a incorporarse a procesos endógenos” (2002, 4). Si bien la lógica de la globalización produce “no existencias” al declarar atrasado todo lo que, según ella, es asimétrico en relación con los territorios globales, son los ámbitos que emergen desde “lo local” los que resurgen con un nuevo modelo de desarrollo territorial.

El desafío está en interpretar las imbricaciones territoriales del espacio y el tiempo como un texto dentro de un contexto. El presente de nuestra relación territorial esta seccionado en múltiples tiempos sociales que asocian, en una misma retención instantánea, pesos históricos extremadamente diferentes. (Cóccaro, 2000, 4)

Son estas ideas las que nos permiten comprender las nuevas valorizaciones de las “herencias territoriales” como forma de inserción a la costa metropolitana.

Esta identidad, que fue el germen de una transformación productiva, produjo una ruptura epistemológica silenciosa entre el conocimiento vulgar y el científico y logró una nueva racionalidad en la que se plantearon prácticas científicas alternativas: lo no científico se incorporó a lo científico y viceversa.

El principio de incompletud de todos los saberes es condición de la posibilidad de diálogo y debate epistemológico entre diferentes formas de conocimiento. Lo que cada saber contribuye a tal diálogo es el modo en que orienta una práctica dada en la superación de una cierta ignorancia, la confrontación y el diálogo entre los saberes supone un diálogo y una confrontación entre diferentes procesos a través de los cuales prácticas diferentes ignorantes se transforman en prácticas diferentes sabias. (Santos, 2009, 115)

Este *feedback* (es decir, esta retroalimentación o realimentación) entre la técnica y la práctica construyó una nueva racionalidad en la que el sistema de pensamientos y comportamientos que se estableció legitimó un conjunto de acciones; estas acciones no tuvieron una imposición basada en el criterio de autoridad técnico-científico sino que ello se dio desde el consenso a las necesidades locales.

Cuando los actores de un territorio logran, por un lado, hacer autoconocimiento del conocimiento (rompiendo la dicotomía sujeto-objeto, en la que los supuestos son parte integral de la explicación) e internalizar su autoconocimiento y el conocimiento de sus prácticas (produciendo así la ruptura) y, por el otro, asociar y/o articular el conocimiento científico (pero no el que es basado en el criterio de autoridad técnico científica) con el vulgar (contrapuestos) se logra una nueva forma de racionalidad territorial, en la que la base no es la mercantilización del territorio sino la idea de comprenderlo como “instrumento de reproducción de vida” (Santos, 2002).

A través del autoconocimiento y del reconocimiento de sus prácticas se visualiza que los viñateros construyen una subjetividad colectiva, en la que están latentes la capacidad de dejarse modificar y el germen de la construcción del significado para pensar al territorio como patrimonio social común. Si bien alcanzan esa vivencia por el quehacer cotidiano, en el planteamiento de esta tesis nos aproximamos a esta noción desde la teorización de sus prácticas, en una búsqueda de construcción de conceptos significativos para representar y pensar una intervención.

Desde nuestra perspectiva disciplinar, las categorías de análisis están siempre supeditadas a su relatividad histórica, pero no se legitiman solamente en la solidez y consistencia académica en que son producidas.

Así, el territorio, como producto social y productor de la sociedad, aparece como categoría inobjetable en muchos discursos geográficos. Sin embargo, atravesada por un plano multidimensional ideológico-ético se convierte en instrumento de análisis e interpretación de diferentes representaciones construidas de la realidad que condicionan las políticas de intervención. (Cóccaro y Maldonado, 2009, 48).

Conclusiones

Desde sus comienzos, los viñateros supieron mirar el río y tomar sus ventajas. Si bien se hallan constantemente expuestos a la amenaza de inundaciones, estas se desdibujó cuando supieron aprovechar estos fenómenos para sus producciones (nutrientes); es decir, un factor negativo se convirtió, a lo largo de la historia, en algo positivo cuando se logró obtener un beneficio para la producción vitivinícola. Como se planteó en los apartados anteriores, estos productores realizan una producción con un importante valor histórico y estas herencias, que se apoyan en el saber hacer y en la transferencia de los conocimientos de generación en generación, pasaron a sus sucesores con una mirada estoica ante la adversidad del medio.

Sin embargo, en esta historia, el desarrollo rural y, en especial, el desarrollo relacionado con el tema de la vid se vieron inmersos en y afectados por los cambios en el modelo de desarrollo económico, propuestos a nivel nacional y local, que fomentaba la industrialización y la urbanización para esta zona. Los viñateros trataron de adaptarse a estos modelos a partir de la pluriactividad (al monte se le sumaba la administración pública y/o la actividad comercial) y de los cambios de cultivos (caña, forestación) sin perder, y manteniendo latentes, sus raíces rurales y viñateras.

El Estado, como uno de los promotores y facilitadores del desarrollo rural, se abocó a acciones asistencialistas o de corte neoliberal (gerenciamiento y fiscalizador de productos); se añadió, a esta circunstancia, el reducido número de habitantes de la zona rural de Berisso, que no era un estímulo para que la administración local realizara en ella obras de infraestructura y servicios, lo que sumió en una situación de postergación y de marginalidad a los actores sociales de la región.

El ingreso de la Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales permitió favorecer el planteamiento - desde la construcción participativa (problematización y comunicación con énfasis en los procesos culturales), intencionada e impulsada por los técnicos universitarios- de alternativas innovadoras y de capacitación para la zona, y así llevar adelante diversas experiencias de comercialización del producto y lograr repositarlo en el mercado local pero respetando la identidad de los viñateros.

Paralelamente a este renacer, como hemos mencionado, comienzan los consumidores a demandar un nuevo tipo de productos, con lo que adquieren importancia los productos localizados y no ligados a la homogenización y la intensificación, como contracara del modelo global.

La identidad es la que permitió dar sentido y contenido a una transformación productiva. Ha sido construida a lo largo del tiempo, a partir de imágenes del trabajo (quintas, monte, frigorífico, isla) y de la inmigración que reflejaron formas estructurales de organización social y económica.

El trabajar desde la invisibilidad del modelo neoliberal y con una fuerte presencia identitaria local generó una propuesta de desarrollo que no copió otro modelo, pero potenció el conocimiento local. Se gestó en la base de los productores y los consolidó como posibles innovadores.

Notas

¹ El presente trabajo forma parte de la tesis doctoral “La metropolización costera de la Región Metropolitana de Buenos Aires. Un juego dialéctico de los lugares: entre la inserción y su aislamiento en la nueva metropolización de la década de los 90”. Doctorado en Geografía. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. UNLP.

Bibliografía

Abbona E.; Sarandón S. y Marasas M. (2007) *Los viñateros de Berisso y el manejo ecológico de los nutrientes*. *Leisa Revista de Agroecología*, 22, 13-15.

Aguirre, P. (2008) *Los alimentos como constructores de sentido. Historia e identidad para una proyección al futuro*. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata. Informe de investigación. Inédito.

Barsky A.; Astelarra, S. y Galván L (2010) *Horticultura periurbana: Implementación de un programa de “buenas prácticas” en Pilar*. *Apuntes de Investigación*, 17, 177-187.

Benedetto A (2006) *Aportes para la re-valorización de procesos de diferenciación productiva en áreas de co-existencia geográfica (Mendoza, Argentina)*. RIMISIP, Mendoza.

Benedetto A (2007) *Valorización de la identidad territorial, políticas públicas y estrategias de desarrollo territorial en los países del Mercosur*. *Revista OPERA*, 7, 139 -165

Benencia, R. (2000) *Transformaciones en la agricultura periurbana en los últimos 50 años. El papel de la tecnología y la mano de obra*. Disponible en: <http://www.geocapacitación.com.ar/biblio/tyh.pdf>

Cóccaro, J. M. (2000) *El espacio situado: una instancia de análisis. Una perspectiva para su representación*. Ponencia presentada en las Segundas Jornadas Platenses de geografía. La Plata, del 13 al 15 de septiembre de 2000. Departamento de Geografía. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. UNLP

Cóccaro, J. M. y Maldonado, G. I. (2009). *Reflexiones críticas para repensar el territorio hoy. El pretexto de la soja en la Argentina. Vulnerabilidad social y ambiental*. *Reflexiones Geográficas*, 16, 181-206.

Frenguelli, J (1939) *La Serie geológica de la República Argentina en sus relaciones con la antigüedad del Hombre*. En: Academia Nacional de la Historia. *Historia de la Nación Argentina*, (T. I; pp. 3–18). Buenos Aires. Academia Nacional de la Historia.

Giarracca, N. (comp.) (2001) *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: CLACSO/ASDI.

Giarracca N. y Teubal M., (2006) “Democracia y neoliberalismo en el campo argentino. Una convivencia difícil”. En: Grammont, H. C (2006) *La construcción de la democracia en el campo latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO, 64 - 94.

Harvey D. (2004). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

López Petit, S. (2009) *Breve tratado para atacar la realidad*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Manzanal M (2006) “Desarrollo rural y praxis de los actores locales en provincias del norte argentino”. En: Manzanal, M (2006) *Problemática Institucional y Desarrollo rural (el caso de las provincias de Salta y Misiones)*. FONCyT (PICT 08811-02) y de UBACyT (F009). Disponible en: <http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/geo/pert/Mabel%20Manzanal%20RIMISP%202006.pdf>

Martínez O.; Hurtado M.; Cabral M. y Giménez, J. (2000). *Geología, geomorfología y suelos de la planicie costera en los Partidos de Ensenada y Berisso (Provincia de Buenos Aires)*. La Plata: Instituto de Geomorfología y Suelo. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. UNLP/CIC.

Municipalidad de Berisso (1961) *Plan Regulador del desarrollo de la ciudad y Partido de Berisso*. Ordenanza orgánica de desarrollo N° 140/1961

Ospital, M. S. (2003) *Vino en la pampa: La actividad vitivinícola en la provincia de Buenos Aires, 1900-1940*. *Mundo Agrario*, no.7. Disponible en http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1515-59942003000200001&lng=es&nrm=iso

Pérez, M. (1971) *Estudio geográfico de la Ribera Argentina del Plata*. La Plata: Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires.

Pizarro, C. y Trpin, V. (2010). *Trabajadores frutícolas y hortícolas en la Argentina. Una aproximación socio antropológica a las prácticas de reproducción y resistencia de las condiciones laborales*. Ponencia presentada en la Cuarta Reunión del grupo de Estudio rurales y desarrollo. Posadas, 12 y 13 de agosto de 2010.

Posada, M. (1998) *Desarrollo rural y desarrollo local. Los primeros pasos de los Consorcios Productivos de la Provincia de Buenos Aires*. Disponible en: www.Argiropolis.com.ar

Posada, M. y Velarde, I. (2000) Estrategias de desarrollo local a partir de productos alimentarios típicos: el caso del vino de la costa en Buenos Aires, Argentina. *Revista Problemas del Desarrollo*, 31, 63 - 85.

Prevot Schapira, M. (2002) Buenos Aires en los años '90: metropolización y desigualdades. *EURE*, 85, 31-50.

Ramírez, E (2007) La identidad como elemento dinamizador de la economía territorial. *OPERA*, 7, 55-67.

Ranaboldo, C (2006). *Identidad cultural y desarrollo territorial rural*. Ponencia presentada en el Seminario Internacional Estado, Desarrollo rural y cultural. Sucre 21-23 de agosto del 2006.

Ringuelet R (2002) "Reflexiones sobre la nueva ruralidad desde la Antropología social". En: Tadeo, S. (coordinadora) (2002) *Procesos de cambio en las áreas rurales argentinas. Hacia la construcción de un nuevo concepto de ruralidad* (pp 7-17) La Plata: Nidia Tadeo Editora.

Sacco dos Anjos, F.; Aguilar Criado, E y Caldas, N. (2011) Estrategias de valorización de productos locales en España y Brasil. *Revista de Economía Agrícola*, 58.

Santos, B. (2009) *Una epistemología del Sur*. México: Siglo XXI, CLACSO

Santos, M. (2002). *El presente como espacio*. México: Universidad Autónoma de México.

Tagliabue, P. (2011) *Entre los montes, la isla y el continente: continuidad y cambios de la agricultura familiar en Berisso (1955-2010)*. Disponible en: <http://www.memoriafahce.unlp.ed.ar/tesis/te722/te.722pdf>

Velarde, I. (2012) La construcción social de productos agroalimentarios típicos en el desarrollo territorial local: disputas entre saberes teóricos y saberes prácticos. *Mundo Agrario*, 12

Velarde I.; Garat J. J.; Marasas, M. y Seibane C. (2003). *Sistemas de producción locales en el Río de La Plata, Argentina: concertación de actores, diferenciación y valorización de productos típicos*. Disponible en: <http://infoagro.net/shared/docs/a5/VELARDE.pdf>.

Velarde, I.; Voget, C.; Sepulveda, C.; Orosco, E. y Ávila G. (2009) *Recuperación del vino de la costa de Berisso: una experiencia interinstitucional de aprendizaje social*. Disponible en www.conicet.gov.ar/new_scp.

Fecha de recibido: 9 de octubre de 2014

Fecha de aceptado: 17 de noviembre de 2014

Fecha de publicado: 01 de abril de 2015